

El editorialista

Mona Ozouf: «Jean es el editorial y el editorial es Jean».

Pour Jean Daniel

Con el paso del tiempo, el editorial se convirtió en mi impronta en la revista y mi vínculo con los lectores, un vínculo bastante excepcional. Nunca pensé que iba a tener tal longevidad editorial. ¡Cuarenta años! He cumplido con mi papel de editorialista, que, por tradición, es el del director del periódico. Pero para mí la auténtica grandeza del periodismo se halla en el reportaje. En él es donde he sentido la voluptuosidad de ser escritor periodista, mientras que cuando releo mis editoriales me veo con frecuencia gris y tajante, nadie podría adivinar que considero que el humor es una cualidad indispensable. Mi mayor temor era sacrificar lo que más valoro en el pensamiento y su transmisión: la complejidad. El editorial es un género delicado pues expone a la impostura cuando uno trata un tema en el que, como ocurre con frecuencia, sólo se es relativamente competente. Enseguida fui consciente de ello, pero tuve que trabajar duro para no estar demasiado descontento de mí. Recuerdo que, cuando De Gaulle decidió abandonar el Pacto Atlántico, llegué incluso a llamar por teléfono a Raymond Aron, que entonces no estaba muy cercano a mi mundo y no era nada indulgente conmigo, para que me ilustrara sobre la filosofía de la guerra y

sobre la estrategia estadounidense. Pido opinión a profesores universitarios y a científicos. Y para dirigirme a los mejores de ellos, cuento siempre con mi amigo el historiador André Burguière. Con su afirmación «Jean es el editorial», Mona Ozouf, más que animarme, me paraliza y me responsabiliza. Mis primeros insomnios, mis primeras crisis de angustia, datan de mis comienzos como editorialista y aún no me he curado de ello. Éramos varios los que teníamos facilidad para escribir. Estaba Jean Cau en *L'Express*, los dos escribíamos con euforia, sin el menor pánico ante la página en blanco. Estaban Jean Lacouture, Alain Duhamel y Jean-François Kahn. Sabemos «pergeñar», como se dice, un artículo sobre cualquier asunto. Pero el editorial es otra cosa. Cada palabra compromete a su autor. Me he equivocado en cuestiones importantes: la democracia cubana, la reacción de los comunistas franceses tras la publicación del informe Jruschov, la vía seguida por determinados países descolonizados. He manifestado excesiva timidez intelectual frente a las opiniones de falsos expertos, prefiriendo no perder su estima que decir mi verdad. Esa reacción asombrará a los que me consideran seguro de mí mismo. En una de sus crónicas, Bernard Frank dio esta definición feroz del periodista: «Los errores imperdonables hacen de ti un especialista consagrado». No creo que la inventara para mí, pero todos nosotros podemos hacerla nuestra en algún momento.

Usted señala esa fragilidad intelectual en *La Blessure*: «En el fondo, los intelectuales, mi gente, me dan un irreprimible sentimiento de inseguridad».

Me he educado en el culto a los grandes intelectuales. Y he tenido la necesidad de creer que los mejores siempre debían tener razón, como Voltaire en el caso Callas y Zola en el *affaire* Dreyfus. Pensé que, en todo caso, se equivocarían menos que los demás. ¡Cruel ilusión! Cuando los vi en acción, sobre el terreno y en la premura, los descubrí igual de generosos que los demás pero, por desgracia, también más satisfechos y menos creíbles. El compromiso político partidista les hizo olvidar que los intelectuales traicionan cuando se apartan de lo universal. Se suponía que eran los guardianes del templo de la razón y se convertían en prosélitos de una Iglesia. De repente, nos hemos encontrado sin inventarios de lo real y lo objetivo avalados por ellos. Estuve tanto tiempo preocupado por parecerme y unirme a ellos que tardé en sentirme capaz de hacerles frente. Cuando pude hacerlo, dudé de todo, al menos por un momento, pues mis referencias se desvanecían lentamente en la oscuridad. Ése fue mi problema durante el terror intelectual comunista, los conflictos de Oriente Próximo, la descolonización y los terrores «progresistas» de las dos guerras de Argelia. Después, aprendí lentamente a distinguir de entre nuestros intelectuales a aquellos, muy escasos, a los que su sabiduría acrecentaba su lucidez. Se da la circunstancia de que he formado parte sucesivamente del Consejo de administración del Grand Louvre, del Consejo de vigilancia de la Biblioteca Nacional, del Consejo para la promoción y la defensa de la lengua francesa, y finalmente, del Comité nacional consultivo de ética. En esas cuatro instancias traté con personalidades de enorme rigor y erudición que con frecuencia tenían que alejarse de su especialidad para evaluar las obligaciones que impone el patrimonio cul-

tural y la adaptación de la tradición. Se presentaron casos en los que su responsabilidad era mayor que la que hubieran podido contraer en cualquier actividad pública, moral o política. Siempre he visto como surgía la inteligencia de la virtud. Parecería que estoy hablando de otra cosa, y no es así. Pero retomando mi discurso inicial, siempre que me he encontrado con hombres sabios, mostraban ser discípulos directos o indirectos de Tocqueville, Benjamin Constant, Hannah Arendt, Émile Durkheim, Claude Lévi-Strauss o Albert Camus. Y ahora me gustaría añadir a la lista a Raymond Aron, George Orwell y Simon Leys.

Rebajemos el nivel del debate y observemos el sistema de castas que reina entre nuestros intelectuales. Evidentemente –por qué no–, existe una «vía real» de acceso. Desgraciado aquel que no haya hecho el curso preparatorio en el instituto Louis-le-Grand o en el Henri-IV. Si eres alumno de la Escuela Normal Superior, tienes que estudiar en la de la rue d’Ulm y no en la de Saint-Cloud. Si eres catedrático, debes serlo de filosofía y no haber sacado un número muy bajo en las oposiciones. Se puede argumentar que todo ello no ha impedido que la universidad francesa sea impresionante por los genios que la han pisado o que ha formado. Nadie lo pone en duda, pero hoy, en el mundo de los medios de comunicación que tanta envidia y desprecio provoca, vemos reflejada esa jerarquía en los artículos publicados por los profesores de universidad. La gente del mundillo los valoran más por los títulos que estampan bajo su firma que por la legitimidad de la causa que defienden. Camus sufrió esa dictadura de los diplomas. La tuberculosis le había impedido presentarse a la cátedra de filosofía que habría ganado sin proble-

mas. En ese mundo y por esa razón no era legítimo, y Sartre se regodeaba en recordárselo. Durante todo un período he visto cómo sufrían por ello las carreras o el prestigio de eminencias como Jacques Berque, Edgar Morin y Jean Duvignaud. Eso por lo que se refiere a esos ensayistas marginales. Pero si uno tiene la imprudencia de aventurarse en el periodismo, por muy cultural y riguroso que sea, entonces prácticamente se le niega el derecho a pensar. El análisis más pertinente (y el más plagiado) jamás será citado en un libro si se ha desarrollado a través de una serie de artículos, aunque éstos estén recopilados en un volumen. Esto no ocurre en los países latinos. Es otra forma de la excepción cultural francesa.

En 1980, Michel Foucault esbozó una descripción sarcástica del intelectual: «La palabra "intelectual" me parece curiosa. Nunca he conocido a un intelectual. He conocido gente que escribe novelas, gente que pinta, gente que cura enfermos y gente que no sé muy bien a qué se dedica. Sin embargo, he conocido a muchos que hablan del intelectual. De tanto oírlos, me he formado una idea de cómo debe de ser ese animal. No es difícil, es el que se siente culpable. Culpable de todo: de hablar, de callarse, de no hacer nada, de meterse en todo... En resumen, el intelectual es la materia prima del veredicto, de la sentencia, de la exclusión...».

Es una variante del mismo tema. Es cierto que el editorial puede pretender culpabilizar, y es el aspecto que más deploro de ese género. Camus lo había expresado casi en los mismos términos que Foucault: «Cada vez que vengo a París, mi instinto me lleva al estadio o al teatro